

exigente, y el pueblo de Madrid, irritado con ciertas amenazas suyas, le fué perdiendo la afición (1). La reina, lejos de acceder á la petición que le hizo de venir á la corte, le mandó que se retirara á algunas leguas de distancia, y que despidiera la escolta que tenía consigo. Don Juan se retiró á Guadalajara, pero desde allí hizo nuevas peticiones, no ya personales, sino sobre reformas políticas, y de carácter revolucionario. La reina en tanto que se proveía de los medios de defensa para ocurrir á una eventualidad que no dejaba de parecer inminente, tuvo que transigir todavía, y acceder á que pasara el cardenal á Guadalajara para tratar verbalmente con el príncipe sobre los medios de reconciliación, condescendiendo, siquiera fuese por entretenerle, con mucha parte de sus pretensiones. Ofreciósele, pues, que se creara una junta, con el nombre de *Junta de Alivios*, con el fin de hacer economías en la hacienda, disminuir los tributos, distribuyéndolos equitativamente, y hacer reformas en el ejército y en la administración de justicia, de cuya junta sería él presidente: que sería restablecido en el gobierno de los Países Bajos, no obstante haber renunciado este empleo: que el P. Nithard no volvería á España: que don Bernardo Patiño sería puesto en libertad: que el presidente de Castilla y marqués de Aytona, sus enemigos, no asistirían al consejo cuando se tratara de sus negocios: que su tropa sería pagada y se retiraría á sus casas ó á sus respectivos cuerpos: que se le permitiría entrar en la corte á besar la mano á los reyes; con algunos otros artículos menos importantes, que la reina aseguraba cumplir con la garantía del papa, y que abrazaban casi todas las pretensiones de don Juan. Con lo cual pareció deber sosegar la tempestad por entonces.

Mas entre tanto preveníase la reina; y sin perjuicio de las órdenes que expidió llamando á la corte los pocos soldados que aun quedaban en las fronteras de Portugal, dispuso á toda prisa en Madrid mismo la formación de un cuerpo militar, llamado entonces coronela, con destino á la guarda y defensa de su persona, que con el nombre de *Guardia de la Reina* había de mandar el marqués de Aytona, conocido enemigo de don Juan de Austria, con oficiales de las familias mas ilustres de la corte, tal como el conde de Melgar, el de Fuensalida, el marqués de Jarandilla, el de las Navas, el duque de Abrantes, y otros particulares y caballeros de distinción, que deseaban lucir sus galas y bizarría ante las bellas damas de la corte. Este regimiento se había de vestir á la francesa como las tropas de Schomberg, de que le vino por corrupción el nombre de *chambergos* y de guardia *chamberga*. Aunque la reina creó este cuerpo con aprobación de la junta de gobierno y del consejo de la guerra, oponiéndose á ello fuertemente la villa de Madrid, representando con energía los perjuicios que iban á originarse (2), y del mismo parecer fué el Consejo de Castilla á quien se consultó; pero la regente, apoyada en el dictamen de las dos citadas corporaciones, llevó adelante su pensamiento, y tampoco quiso acceder á enviar aquel regimiento á la frontera, como el Consejo le proponía para calmar la inquietud y los temores del pueblo.

Nuevo motivo de enojo dió la creación de esta fuerza á don Juan de Austria, que rebosando en ira se quejó altamente á la reina, diciendo que los reyes de España nunca habían necesitado ni querido otros guardadores de su persona que los habitantes de Madrid, añadiendo otras razones que su orgullo y su resentimiento le sugerían. La reina, que ya se consideraba mas fuerte, no contestó sino que se excusase de escribir y de entrometerse tanto en los negocios de gobierno. Pero estas discordias alimentaban el disgusto popular, que era ya grande, y tal, que se temía que de un momento á otro se remitiera la cuestión á las armas; esperábase ver á don Juan venir sobre Madrid, y era tal el espanto y la turbación que

(1) Papel impreso censurando los actos del P. Everard y desaprobando la conducta de don Juan de Austria respecto de una carta suya de amenazas.—Bibliot. de la Real Academia de la Historia, Est. 4.º g. 5.ª

(2) Publicóse un escrito titulado: «Memorial á S. M. sobre los daños é inconvenientes que resultan de la formación de la coronela y asistencia de tantos soldados en la corte.» Imprimióse, y de él hay un ejemplar en la biblioteca de Salazar. Est. 4.º grada 5.ª c. 18.

había en la corte, que casi nadie se atrevía á entrar en ella de fuera, y llegaron á faltar los víveres y mantenimientos en el mercado.

De repente se vió desaparecer aquel estado de alarma. Y es que la reina, sintiéndose ya con bastante fuerza para contener las demasías de don Juan, y queriendo además alejarle con honroso pretexto de Guadalajara, le envió el nombramiento de virey de Aragon, y vicario ó vice-regente de los estados que dependían de aquella corona (3); y el de Austria, viendo satisfecha su vanidad, y esperando que aquel cargo robustecería su poder y su influencia para sus ulteriores fines, le aceptó gustoso, y dió las gracias á la reina con palabras las mas lisonjeras y hasta humildes. Medió en esto el nuncio de S. S., y aprovechando el príncipe aquella circunstancia escribió al papa conjurándole á que obligase al P. Nithard (que ya se había ido á Roma) á hacer dimisión de todos sus empleos, que era todo su empeño y afán. Extrañaron y llevaron muy á mal muchos amigos del príncipe que por un empleo como el de virey de Aragon se sometiera tan dócilmente á la reina, dejando la actitud imponente que había tomado, y el pueblo de Madrid le censuraba altamente de que así le abandonara en la ocasión en que mas podía contar con él; mientras otros criticaban á la reina calificando de imprudente el hecho de conferir á don Juan un cargo que podría servirle de pedestal para aspirar un día á la realización del horóscopo de Flandes.

Pero es lo cierto que en la situación á que habían llegado las cosas, la reina por su parte apenas tenía otro medio de alejar á don Juan de la proximidad de la corte, con esto solo harto inquieta y alarmada, ni don Juan creyó contar todavía con elementos seguros de triunfo, y mas despues de haber desaprovechado los primeros momentos de espanto y turbación; y con su retirada á Zaragoza se calmó por entonces la tempestad que amenazaba á todo el reino. Procuró don Juan en Aragon granjearse la estimación del pueblo y de la nobleza. Las desconfianzas entre la reina y él, aunque ahora disimuladas, no se habían extinguido; y el objeto y blanco de sus ya mas ocultas disidencias siguió siendo, como por una especie de manía comun, el mismo P. Nithard, que se hallaba en Roma, si no desairado, por lo menos poco atendido. Pretendía la reina que el papa le diera el capelo de cardenal, mientras don Juan de Austria instaba para que le obligara á hacer renuncia de todos sus empleos. El pontífice Clemente IX no era muy adicto á la reina doña Mariana; el Consejo trabajaba en secreto contra ella en este asunto; el embajador, marqués de San Roman, á quien la reina había encomendado la gestión de este negocio, contrariaba sus miras lejos de favorecerlas, y el general de los jesuitas se hallaba resentido del P. Nithard por lo poco que le debía el orden de cuando había estado en favor. Con que lejos de vestir la púrpura el inquisidor general de España, fué destinado por el general de su orden á un colegio fuera de Roma, cosa que él llevó con ejemplar resignación, de que se alegró el Consejo, que llenó de júbilo á don Juan de Austria, y que irritó á la reina, la cual afectada por el desaire que acababa de recibir, y no encontrando medio de vengarle, sufrió en su salud una alteración que le duró mucho tiempo. La plaza de inquisidor general se dió á don Antonio Valladares, presidente del Consejo de Castilla (26 de diciembre, 1669). Sin embargo, habiendo fallecido por este tiempo el papa Clemente IX y sucediéndole Clemente X, la reina envió en calidad de embajador extraordinario para felicitarle al P. Nithard, y renovando sus anteriores sollicitudes.

(3) Hemos visto el nombramiento original, que se conserva entre los manuscritos de la biblioteca del suprimido colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, hoy perteneciente á la universidad.—El nombramiento era de 4 de junio, 1669, y decía: «Don Juan de Austria, mi primo: Habiendo recibido por mano del nuncio de S. S. la carta del 2 de este, en que respondeis á lo que os mandé escribir, he dado luego orden para que se formen los despachos del cargo de virey de Aragon, con el vicariato de los reinos que penden de aquella corona, deseando que ejecuteis luego vuestra jornada... etc.» Causó mucha novedad que la reina le diera el dictado de primo. Los títulos se expidieron luego, y don Juan pasó las comunicaciones respectivas, á la Junta de gobierno, al presidente de Castilla, al arzobispo de Toledo, al vice-canciller de Aragon, etc.

des consiguió que le nombrara arzobispo de Edessa y cardenal con el título de San Bartolomé de Insoia. Contento él con el nuevo estado, satisfecha hasta cierto punto la reina, y conformándose don Juan con que no volviera á España, tuvieron así menos funesto término que lo que se había creído aquellas diferencias que escandalizaron el reino y pusieron en peligro la monarquía (1).

Otro suceso, grave, aunque felizmente de corta duración, vino al poco tiempo á esparcir en toda la nación el susto y el temor de mas terribles males, y á despertar la ambición de los que aspiraban á convertirlos en provecho propio, á saber, la gravísima enfermedad que sufrió el rey, y que puso en inminente peligro su vida (1670). Niño como era todavía Carlos II y débil de complexión y de espíritu, su conservación era lo único que podía ir contenido las ambiciones de los partidos, así de dentro como de fuera de España, y preservando el país de una guerra cruel que precipitara su ruina. Por fortuna esta agitación duró pocos días; y el rey salió del peligro en que había estado, y aun al recobrar su salud se notó irse robusteciendo mas de lo que antes estaba. Su restablecimiento fué celebrado con júbilo, y los poetas le cantaron como un suceso fausto (2).

CAPÍTULO III

Guerra de Luis XIV contra España, Holanda y el Imperio

DE 1670 Á 1678

Consigue Luis XIV disolver la triple alianza.—Proyecta subyugar la Holanda.—Busca la república otros aliados.—Declaración de guerra del francés.—Manifiestos de Luis de Francia y de Carlos de Inglaterra.—Situación de los holandeses.—Auxilios de España.—El príncipe de Orange y el conde de Monterrey.—Sitio de Maestrick.—Confederación de España, Holanda y el Imperio contra la Francia.—Conferencias en Colonia para tratar de paz.—No tiene resultado.—Guerra en Flandes, en Alemania y en el Rosellon.—Apodérase Luis XIV del Franco-Condado.—Memorable batalla de Seneff entre los príncipes de Condé y de Orange.—El mariscal de Turena en Alemania.—Campana de 1674 en el Rosellon.—Triunfo del virey de Cataluña duque de San German sobre el francés Schomberg.—Hazañas de los miqueletes catalanes.—Desventajas de los españoles en la guerra de Cataluña de 1675.—Los franceses en el Ampurdan.—Toman parte en la guerra otras potencias.—Progresos de los franceses en los Países Bajos.—Notable campaña de Turena y Montecuculli en Alemania.—Muerte de Turena.—Conferencias en Niméga para la paz.—Nuevos triunfos y conquistas de Luis XIV en Flandes, 1676.—Guerra de Cataluña.—Los franceses en Figueras.—Empeño inútil por destruir los miqueletes.—Pérdidas lamentables de nuestro ejército, 1677.—Apodéranse los franceses de Puigcerdá, 1678.—Bravura de don Sancho Miranda.—Inacción del conde de Monterrey.—Conquista Luis XIV las mejores plazas de Flandes.—Nuevo tratado entre Inglaterra, Holanda y España.—Misteriosa y formidable campaña de Luis XIV.—Ataca y toma muchas plazas simultáneamente.—Recíbese la noticia de la paz en el sitio de Mons.

Que Luis XIV no había de respetar mucho tiempo la paz de Aquisgran, como no había respetado la del Pirineo, cosa era que ya se temía, atendida su ambición y los elementos de guerra con que contaba, segun al final del capítulo I dejamos indicado. Hallábase irritado contra la Holanda, no pudiendo en su orgullo perdonar á aquella república, ya el haberle detenido en la carrera de sus conquistas promoviendo la triple alianza, lo cual llegó á simbolizarse en una medalla en que se representaba á Josué deteniendo al sol en su carrera, ya la libertad y el atrevimiento con que le habían hablado aquellos fieros republicanos.

Con un ejército el mas numeroso que se había visto hasta entonces en Europa, con generales los mas acreditados de su siglo, con un reino grande por la población y fuerte por la

(1) Diario de los sucesos de este reinado, MS. perteneciente á los papeles de jesuitas, de la colección que hoy posee la Real Academia de la Historia.

(2) Noticias de la menor edad de Carlos II y del gobierno de su madre.—Poesías que á nombre de un labrador de Carabanchel se escribieron é imprimieron con ocasión de haber recobrado su salud el rey Carlos II.—MM. SS. de la Biblioteca Nacional.]

unidad, avaro él de dominación, ébrio de orgullo por la rapidez de sus conquistas en la anterior campaña de Flandes y del Franco-Condado, poco escrupuloso en sacrificar millares de súbditos con tal que le sirviera para añadir una aldea mas á sus dominios, determinó subyugar la Holanda, para lo cual le favorecía la posesión de muchas plazas vecinas, que el célebre Vauban había fortificado segun su nuevo método, que ha seguido llevando su nombre hasta nuestros dias.

Sin embargo, para asegurar mas su triunfo, quiso deshacer antes la triple alianza, separando de la confederación de Holanda la Inglaterra y la Suecia. A la primera de estas naciones envió su hermana la duquesa de Orleans, á quien no fué difícil conseguir su objeto, como que sabia que el rey Carlos II, príncipe voluptuoso y pródigo, no había de ser insensible á los halagos del sexo y á los atractivos del oro. La Suecia no fué tampoco indiferente á los medios de seducción y á las artificiosas promesas del rey Luis. Con lo cual aquellas dos potencias dejaron á la Holanda abandonada y sola para resistir á un enemigo tan poderoso como el monarca francés (1670). Viendo los holandeses la tempestad que los amenazaba, y convencidos de no poder conjurarla ellos solos, buscaron aliados mas fieles que los que antes habían tenido, y pidieron auxilios á las casas de Austria y de España, rivales eternas de la Francia y de los Borbones. Intentó tambien el francés separar á España de esta nueva confederación, no dudando que la reina regente, débil como se hallaba el reino, no querría exponerse á sufrir las consecuencias de su enojo, y aceptaría sus proposiciones. No sucedió así. La reina doña Mariana, persuadida de la imposibilidad de conservar lo que aun poseíamos en Flandes, una vez subyugada por el francés la Holanda, desechó las promesas y las amenazas del rey Luis, y envió tropas y dinero á Flandes, ó para defender nuestras plazas, ó para ayudar, si era menester, á los holandeses (1671).

Con mas tino y con mejor consejo contestó la madre de Carlos II así á las cartas que desde las islas Terceras le dirigía el destronado rey de Portugal Alfonso VI, como á las excitaciones que á Madrid vino á hacerle su imprudente favorito el conde de Castel-Melhor, para empeñarla de nuevo en la guerra con Portugal que tan funesta nos había sido. La reina rechazó con indignación las proposiciones del destronado monarca portugués y del temerario ministro causador de su ruina. No anduvo tan acertada en desoir á Luis XIV, porque si bien para conservar lo de Flandes era necesario unirse á Holanda y al imperio, deseo hasta cierto punto natural y disculpable, debió prever las consecuencias de empeñarse de nuevo en una guerra contra el vengativo y poderoso soberano de la Francia, cuando estábamos casi sin soldados, sin capitanes y sin dinero, y cuando los hombres medianamente previosores conocían ya que de todos modos era para nosotros inevitable la pérdida de los Países-Bajos. Hacíase esta situación mas triste por el calamitoso suceso ocurrido aquel año en la bahía de Cádiz, donde á consecuencia de un furioso huracan quedaron sumidas en las aguas hasta sesenta naves, pérdida irreparable en aquel tiempo, junto con la muerte de muchas personas y la destrucción de no pocos edificios en la ciudad. Acabó de consternar los ánimos la coincidencia de este lamentable suceso con el lastimoso incendio del monasterio del Escorial (1671), que duró por espacio de quince dias, y que redujo á pavesas, entre otras muchas preciosidades, multitud de libros y manuscritos arábigos y griegos de su biblioteca (3).

(3) Los pormenores de los estragos que causó este incendio horrible pueden verse en la Historia del Monasterio del Escorial por Quevedo, parte 2.ª, cap. 3.º Transcribiremos algunos de sus párrafos.

«Describir todos los pormenores de aquella noche terrible (la del 7 de junio, en que comenzó), pintar todos los esfuerzos que se hicieron para contener el incendio, dar una idea de la aflicción, de la lástima que causaba ver consumirse por momentos aquella rica maravilla del arte, sería cosa imposible; la imaginación puede concebirlo, pero no es fácil á la lengua expresarlo. Las agujas de las torres, los altos chapiteles, el voluminoso enmaderado de las cubiertas, se iban desplomando uno en pos de otro con detonaciones horribles que hacían temblar el edificio hasta en sus mas hondos cimientos: á cada paso se hundían grandes pedazos de

Cuando Luis XIV lo tuvo todo preparado, declaró la guerra á la Holanda, publicando un manifiesto (7 de abril, 1672), en que se quejaba de un modo vago de los agravios é injurias que decia haber recibido de los holandeses y que le habian movido á tomar contra ellos las armas. Tambien Carlos II de Inglaterra se mostraba quejoso y ofendido, en otro manifiesto que dió, de los insultos que afirmaba haber hecho los holandeses á sus súbditos en las Indias, obligándolos á abatir el pabellon delante de sus bajeles: «Insolencia llena de ingratitude, decia, querer disputarnos el imperio de la mar los que en el reinado del difunto rey nuestro padre nos pedian licencia para pescar pagándonos un tributo.» Y estos dos monarcas arrastraron tras sí contra la república al arzobispo de Colonia y al obispo de Munster. Las dos grandes potencias aprestaron contra ella sus bajeles, y Luis XIV invadió la Holanda con tres fuertes ejércitos, mandado uno de ellos por el rey en persona.

Era cosa evidente que no podia la república resistir por sí sola á tan numerosas fuerzas; fuéle por tanto necesario solicitar de nuevo la proteccion del imperio y de España. Confió el cargo y dignidad de statuer al príncipe de Orange Guillermo III, jóven de escasos veintidos años, pero de grande y precoz entendimiento, y de ejemplares costumbres, y que ofrecia las mas lisonjeras esperanzas, por la aptitud que ya habia manifestado para el desempeño de los mas graves negocios. Fuerte la Holanda como potencia marítima, sus flotas combatieron muchas veces las de Francia é Inglaterra, y el

techumbre hechos ascuas, para luego remontarse por el aire convertidos en chispas y pavesas: el cielo ennegrecido por una densa nube de humo no podia verse, y por el suelo corrian los metales derretidos como la lava de los volcanes. Consumidas las cubiertas y desplomadas sobre los pisos inmediatos, rompía el fuego por puertas y ventanas, que semejabán cada una de ellas á las horribles bocas del averno; las comunicaciones se interceptaban, las voces, lamentos y desentonados gritos de los que se avisaban del peligro, tomaban disposiciones ó se lamentaban de tamaña pérdida, aumentaban la confusion y el espanto; el calor iba penetrando hasta en las habitaciones mas retiradas, y estaba ya muy próximo el momento de tener que abandonar el edificio si querian salvar las vidas. En todas partes se combatía con empeño, pero en todas era escasísimo el resultado; la voracidad del fuego y la violencia del viento inutilizaban cuantos esfuerzos se hacian.

»Comenzaban ya á perderse las esperanzas de todo punto, la innumerable multitud de gente de los pueblos inmediatos que hasta entonces habia peleado con ardor y trabajado extraordinariamente (esto era otro día), se iba cansando de una lucha inútil al par que peligrosa, el humo y las pavesas lo habian invadido todo, los escombros interceptaban la mayor parte de los claustros y escaleras, nadie daba un paso sin temer que el pavimento se escapase bajo sus piés ó que el techo se desplomase sobre su cabeza. Gran parte de los religiosos, acogiéndose á la única esperanza que les quedaba, al poder de Dios, corrieron á la iglesia, y allí guarecidos en un rincón de las capillas, unos imploraban la divina clemencia con devoción y lágrimas, otros se esforzaban en desarmar la cólera del cielo dándose sangrientas disciplinas.

»¿Qué aspecto entonces el de aquel templo magnífico! Las vidrieras estallaban una en pos de otra cayendo deshechas en menudos pedazos: las llamaradas que entraban por las ventanas le alumbraban por intervalos como el relámpago de la tempestad; el zumbar del viento, el estruendo de los hundimientos, el crujir de las maderas, y los lamentos de los monjes se repetían y confundían en aquellas dilatadas bóvedas, formando un sonido fatídico y espantoso, que parecia ser el estertor de muerte de aquella maravilla del arte.

»Juzgando ya imposible salvar nada en el edificio de lo que podia quemarse, dirigieron todos sus esfuerzos á librar algunas de sus preciosidades. Veíanse discurrir por todas partes multitud de gentes cargadas con pinturas, reliquias y ornamentos que se iban amontonando en la anchurosa plaza que rodea al monasterio... El tercer día del incendio, se temió que todo se perdiese, hasta las alhajas y demás efectos que se habian puesto en salvo....

»Quince días se prolongó esta lucha terrible sin que en ellos se descansase un momento... Por fin el 22 de junio se logró apagar de todo punto las llamas. La alegría y el pesar combatían á un mismo tiempo los corazones de todos... etc.»

El autor refiere en el capítulo siguiente las medidas que se tomaron para sacar los escombros y lo que se fué haciendo para la reedificacion del edificio. El fuego habia principiado por una chimenea del colegio, situada á la parte del norte, y se cree fuese casual, y no puesto de propósito.

almirante Ruyter sostenia con gloria en los mares la honra de la república. No era posible por tierra hacer frente á los ejércitos de la Francia, mandados por el rey, por Turena y por Luxemburg. Así fué que se apoderaron en poco tiempo de las provincias de Over-Issel, Güeldres y Utrech, y llegaron casi á las puertas de Amsterdam. La desesperacion misma infundió un valor heroico á los holandeses: el jóven statuer se mostró digno de mandarlos, jurando estar resuelto á seguir el ejemplo de sus mayores, exhortándolos á la constancia, anunciándoles que las potencias de Europa no tardarian en prestarles su apoyo; y determinados todos á sacrificarse por la libertad y á morir antes que someterse al francés, rompieron los diques, é inundaron el país, que era siempre uno de los recursos extremos para su defensa.

Alarmáronse en efecto otras naciones con aquellas conquistas de la Francia (1). El emperador, resuelto á ayudar á los holandeses, logró que se le adhieran á este fin algunos príncipes y pequeños soberanos del imperio. España hizo el sacrificio de enviar un cuerpo de doce mil hombres al conde de Monterrey que gobernaba los Países-Bajos, que ya habia tenido la precaucion de poner en el mejor estado de defensa posible nuestras plazas de Flandes para ver de preservarlas de una sorpresa de los franceses. El duque de Saboya se declaró por estos, y para entretener una parte de las tropas españolas hizo la guerra á la república de Génova, que estaba bajo la proteccion de España. Decidido el príncipe de Orange á poner sitio á Charleroy, pidió auxilio á nuestro gobernador de Flandes, que no vaciló en enviarle seis mil españoles al mando del conde de Marsin; mas no habiendo podido tomar la plaza, retiróse á Holanda el de Orange, y los españoles volvieron á sus guarniciones. Aquel auxilio puso de manifiesto al monarca francés las intenciones de la corte de España: quejóse á la regente de la infraccion del tratado de Aquisgran; la reina respondió que auxiliar á los aliados no era contravenir á aquel tratado de paz; pero no era el rey Luis hombre de dejarse tranquilizar con esta respuesta, y harto comprendió, y no le sorprendia, que tenia la España por enemiga.

No podia permitir el emperador Leopoldo el engrandecimiento que á la vecindad de sus estados iba adquiriendo la Francia, su antigua rival y enemiga, y por mas protestas que el rey Luis hiciera á las cortes de las naciones de que su intencion era observar religiosamente el tratado de Westfalia, no por eso desistió el emperador de realizar la confederacion de los príncipes del imperio para acudir en ayuda de la Holanda, y de levantar tropas y prepararse para empezar la campaña tan pronto como la estacion lo permitiese. Por su parte el francés, viendo que no eran creidos sus ofrecimientos y protestas, aumentó tambien su ejército con tropas del reino, tomó á sueldo mayor número de suizos, y obtuvo del rey de Inglaterra un refuerzo de ocho mil hombres; y dividiendo sus fuerzas, como en la anterior campaña, en tres grandes cuerpos, de los cuales uno de cuarenta mil hombres guiaba él mismo llevando por generalísimo á su hermano, y los otros dos conducidos por Condé y Turena habian de operar en el Alto y Bajo Rhin, se preparó á emprender las hostilidades (2).

Fué su primera operacion el sitio de Maestrick, una de las plazas mas fuertes y mas importantes de Europa. Las obras de sitio fueron dirigidas por el célebre ingeniero Vauban, que se sirvió de paralelas y de plazas de armas, medios hasta entonces no usados. La guarnicion resistió con valor los ataques de una formidable artillería, y se mantuvo hasta trece dias despues de abiertas trincheras. Pero el príncipe de Orange no pudo forzar las líneas, y las tropas imperiales y españolas que aguardaba no llegaron á tiempo; con que los sitiados tuvieron que capitular (20 de junio, 1673), saliendo con todos

(1) «Si no se hace muy pronto un grande esfuerzo, dijo en voz alta el embajador de España en la antecámara del emperador, creo ver el sitio de Viena antes de tres meses á no ser que se vaya á ofrecer á Luis XIV ser rey de romanos.» Despacho del caballero de Gremomville á Luis XIV, 30 de junio, 1672.

(2) Cessissier, Historia general de las Provincias-Unidas.—Leclere, idem.—Basnage, Anales de las Provincias-Unidas.—Historia de Turena.—Samson, Historia de Guillermo III.

los honores de la guerra, y siendo conducidos á Bois-le-Duc (1).

Durante el sitio de Maestrick, y algun tiempo despues sostuvo la armada holandesa mandada por Ruyter hasta tres formales combates con las escuadras combinadas inglesa y francesa, siendo el jefe de la primera el príncipe inglés Roberto, que llevaba por vice-almirante á Sprach, y de la segunda el conde de Estrées. Blankert y Tromp eran los vice-almirantes del holandés. Unas y otras escuadras padecieron en estos choques terribles, pero Ruyter tuvo la gloria de preservar las costas de la república y salvar la flota que venia de Indias. Pereció además en uno de estos combates el vice-almirante inglés Sprach sin que los aliados lograran ninguno de los designios que se habian propuesto (2).

El 30 de agosto (1673) se confirmó solemnemente en la Haya el tratado de alianza y amistad entre el emperador, el rey de España y los estados generales de las Provincias-Unidas. Por este tratado, que constaba de diez y ocho artículos, se obligaba la España á hacer la guerra á la Francia con todas sus fuerzas, y los holandeses se comprometían á restituir á España, no solamente la plaza de Maestrick cuando la reconquistaran, sino todas las que los franceses habian conquistado despues de la paz de los Pirineos: el emperador se obligaba á tener en la parte del Rhin un ejército de treinta mil hombres; y por un artículo separado se comprometía tambien la España á declarar la guerra al rey de la Gran Bretaña si por su parte se oponia á admitir las condiciones de una paz razonable y equitativa (3). En virtud de este convenio el conde de Monterrey hizo publicar la guerra contra la Francia en Bruselas, y la Francia á su vez la declaró tambien (setiembre, 1673). El efecto inmediato de esta triple alianza fué volver los holandeses á la posesion de las tres provincias de que Luis XIV se habia apoderado con tanta rapidez. La corte de España hizo aproximar tambien algunas tropas al Rosellon para divertir por aquella parte á los franceses, bien que fueron rechazadas por el general Bret. Entre tanto los habitantes del Franco-Condado, mas afectos á los franceses que á los españoles, obligaron al gobernador español á retirarse, y los suizos se negaron á dar paso por su territorio á las tropas españolas que fueron enviadas para sujetar aquellos rebeldes.

La Holanda, que habia hecho ya muchas gestiones con el parlamento inglés para ver de separar al rey Carlos de Inglaterra de la alianza con Luis XIV, consiguió al fin celebrar con aquella potencia un tratado amistoso de comercio, obligándose además el rey Carlos á ser mediador con las potencias beligerantes para la conclusion de la paz, á lo cual se ofrecia tambien el rey de Suecia. El francés, viéndose así casi abandonado de todos, aceptó las ofertas de mediacion, y se señaló la ciudad de Colonia para tener en ella las conferencias sobre la paz. Mas cuando al través de las dificultades que se ofrecian, ya en público, ya en secreto, iba la Francia cediendo en algunos capítulos, la prision ejecutada en público y en medio de las calles de Colonia por orden del emperador en la persona del príncipe Guillermo de Wurtemberg, plenipotenciario del Elector de aquella ciudad, so pretexto de ser traidor á su patria (febrero, 1674), irritó á Luis XIV, que no pudiendo obtener del emperador la satisfaccion que pedia, llamó sus embajadores y se propuso combatir contra todas las naciones coligadas. Aumentó el ejército de tierra, tomó medidas para defender las provincias marítimas de Normandía y Bretaña, envió tropas al Rosellon para que pudiera contener á los españoles el general Bret en tanto que llegaba Schomberg destinado á mandarlas, y puso su mayor cuidado en atender á la

(1) Historia del reinado de Luis XIV.—Historia de las Provincias-Unidas.—Relation du siege de Maestrick, hecha al marqués de Villar, embajador del rey de España: MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, señalado A. C.—Obras de Luis XIV, tomo III.

(2) Carta de Tromp á los Estados.—Id. de Ruyter al príncipe de Orange.—Id. del príncipe Roberto al lord Arlington.—La Neuville, Historia de la Holanda, libro XV.

(3) Rymer, Fœdera.—Dumont, Corps Diplomat., tom. VII.—Traité entre l'Espagne et les Etats Generaux: MS. Papeles de jesuitas en la Real Academia de la Historia.

Borgoña, que creia la mas amenazada por los imperiales, y de donde podia venir el mayor peligro para su reino (4).

Pero libróle de este cuidado el error del emperador, que prefirió atacar la Alsacia, error de que supo aprovecharse el francés haciendo que el duque de Noailles se apoderara de varias villas y fuertes de la Borgoña, y que aumentadas sus fuerzas penetrara en el Franco-Condado ahuyentando los españoles, y pusiera sitio á la fortificada plaza de Gray, cuya guarnicion rindió, entrando luego sin resistencia en algunas otras ciudades. El gobierno español envió á aquel país al príncipe de Vaudemont, que se dedicó activamente á fortificar las dos principales plazas de la provincia, Besanzon y Dole. Contra la primera de estas ciudades dirigió sus miras y sus esfuerzos el monarca francés. Cercóla el duque de Enghien, que habia tomado el mando del ejército, y el mismo Luis XIV en persona se presentó delante de ella (2 de mayo, 1674), y visitó todas las obras exteriores acompañado de su famoso ingeniero Vauban. Furiosamente atacada la plaza, y despues de haber resistido cuanto pudo la guarnicion, tuvo el gobernador que capitular, quedando aquella prisionera de guerra (14 de mayo). Al salir de la ciudad con las armas en la mano, la idea de verse prisioneros de franceses encendió en ira y en despecho muchos de aquellos valientes españoles, que aun se acordaban de lo que habian sido en otro tiempo, y prefiriendo la muerte á la humillacion, emprendieron un combate desigual y desesperado, en el cual, despues de haber degollado muchos franceses, cansados y rendidos y abrumados por el número sucumbieron todos, pereciendo con gloria como se habian propuesto. Continuó entonces el francés el ataque contra la ciudadela, situada sobre una escarpada roca, y abierta brecha y dado el asalto, el príncipe de Vaudemont que la defendia pidió capitulacion, que le fué concedida, dándole pasaporte para Flandes, y desfilando él con toda la guarnicion por delante del rey con los honores de la guerra.

Rendida Besanzon, emprendió el de Enghien el sitio y ataque de Dole, que tambien quiso avivar con su presencia el rey Luis. Cúpole igual suerte á esta plaza, cabeza de la provincia, que á la primera. Luego que salió la guarnicion (1.º de junio de 1674), mandó el rey, por consejo de Vauban, arrasar sus fortificaciones, y trasladar á Besanzon el gobierno superior de provincia que antes residia en ella. Salins y otras pequeñas poblaciones y fortalezas se fueron sometiendo sucesivamente. En seis semanas quedó otra vez Luis XIV dueño de todo el Franco-Condado, que desde entonces continuó unido á la Francia (5).

En tanto que esto pasaba, los confederados dejaban trascurrir tiempo en meditar y discutir el plan de campaña que deberian de emprender. No así el príncipe de Condé, que mandaba el ejército francés de Flandes, el cual, aprovechando la irresolucion de los enemigos é imitando la actividad de su soberano, se apoderó de los castillos que impedían abastecer de provisiones á Maestrick; y aunque solo contaba cuarenta mil hombres, se preparó á atacar al ejército de los aliados mandado por el príncipe de Orange, que entre españoles, alemanes y holandeses ascendia á la cifra de sesenta mil. Deseábalo el de Orange, confiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, y esperaba, en venciéndole, penetrar por el reino de Francia. Encontráronse ambos ejércitos cerca de Seneff, provincia de Henao, á tres y media leguas de Charleroy. Mandaba la vanguardia de los aliados, que era de imperiales, el marqués de Souche; formaban los españoles la retaguardia, mandada por el conde de Monterrey; ocupaba el centro el príncipe de Orange con sus holandeses, y estaba el de Vaudemont con seis mil caballos para proteger todas las tropas y acudir donde necesario fuese.

Dióse, pues, allí una de las mas memorables batallas de

(4) Negociaciones de Colonia, MS.—Declaracion de guerra de Luis XIV contra la España, en Versailles, 19 de octubre, 1673. *Sa Majesté ayant été informé que le gouverneur des Pays-Bas espagnols a fait commencer des actes d'hostilités par toute la frontiere sur les sujets de Sa Majesté, elle a ordonné, etc.*

(5) Relacion de las guerras con Francia y Holanda: MS. de la Biblioteca Nacional.—Sismondi, Historia de los franceses.—Cartas para la Historia militar de Luis XIV.—Historia del Franco-Condado.